

cinacion de la orgía al anhelo del suicidio: todo en él es poco acentuado, vago, misterioso; su alma es un croquis, un boceto, una silueta que se dibuja débilmente entre las densas nubes de un crepúsculo de invierno.

En toda pasion fué víctima y verdugo al mismo tiempo: una extraña fatalidad pesaba sobre él y sobre cuantos séres amó.

Tenia temporadas en las cuales era muy misántropo: miraba con desprecio á la humanidad, porque preocupado con la idea de que todos se burlaban de su cojera, queria anticiparles como pago de las burlas su desprecio.

La autora de sus dias le habia dicho irónicamente que no podria escalar la tribuna sin tambalearse, que no subiria á ella con firmeza y majestad, sino oscilando, como la débil llama de una bujía de sebo, lo cual perjudicaba á su dignidad de par. La mordacidad de su madre le hizo acre el carácter, y nunca se cicatrizaron las cruentas heridas que ésta le infirió con el afilado puñal del ridículo.

Madre é hijo fueron á vivir al campo, y Byron, buscando la soledad de las bosques y los paisajes más ágras, se hizo todavía más áspero en medio de una naturaleza selvática: volvióse montaraz, aprendió á trepar por las montañas como las cabras, ya que su cojera no le permitia bailar en los salones con las mujeres que le agradaban.

Mientras permaneció en el campo, debió recoger en su alma el bramido de las olas, el rugido de las tempe-

tades y el estruendo de la cataratas para repercutirlos en sus obras con grandilocuente armonía. Entregóse á ejercicios violentos, la natacion, la caza, despues los viajes; pero nada satisfacía sus deseos: en todo encontró desencanto. Buscó en los países más privilegiados las bellezas del arte y las de la naturaleza, sin hallar nunca el ideal que acariciaba su prodigiosa fantasía.

La superioridad de su genio le hacia muy desgraciado: sin explicárselo sentía el peso abrumador de su grandeza. Esta superioridad le alejaba muchas veces de los demas séres, y al encontrarse aislado, se revolcaba su pensamiento en los abismos insondables de su alma.

Byron es el poeta de la desesperacion; hay en su genio un iman que atrae hácia sí todos los rayos y centellas. Si el genio de Byron no hubiese encontrado tempestades en la vida, las hubiera forjado para cantarlas.

Byron es original en su genialidad satírica y melancólica; se le censura el ser demasiado personal: realmente su egoismo de escritor no tiene límites. Abrigó un alma exaltadísima, impetuosa, una de las almas más ardientes y fogosas que tal vez se hayan conocido; de suerte que alma y genio fueron en él una misma cosa, ó bien, consecuencia el uno de la otra. Hay en su estilo anomalías como en su carácter: su alma está formada de antítesis, es un antípoda de sí mismo. Lejos de tener la frialdad británica, parece un hombre del Mediodia; las emociones son fugaces en él, pero le dejan surcos de fuego.



Es un poeta completamente subjetivo, y como sus sentimientos son impetuosísimos y salvajes, se desencadenan como el huracán. Byron ha cometido un grave pecado literario, ha vaciado sobre su siglo el veneno que se desbordaba en su alma, y como su genio tiene gran atracción, la mayor parte de los seres que viven la vida de la inteligencia han bebido ese tósigo infernal.

Sus blasfemias son peligrosas porque tienen gran resonancia, y la tienen no porque son estridentes sino porque son bellas. Para Byron la vida es un sarcasmo sin causa, una perversa ironía, es el aliento del mal.

Su espíritu se asemeja al de Voltaire: cuando quieren cantar lanzan imprecaciones.

¿Quereis conocer al autor de *Manfredo*, de la *Prometida*, de *Abidos de Lara*, del *Corsario*, de *Parisina*, del *Sitio de Corinto*, de *Beppo* y *Mazepa*? Buscadlo en su poema *Childe-Harold*, ó en su epopeya *Don Juan*, que es su obra maestra.

En resúmen, el genio de Lord Byron carece de la ternura que faltaba al alma de su madre.

Esbochemos á grandes rasgos la fisonomía moral de la madre de Lamartine y nos complacerémos encontrando en ella rasgos característicos de la inspiración de su hijo.

### III

La madre de Lamartine nació devota; pero su pie-

dad no era una piedad ignorante y supersticiosa, fué una piedad ilustrada.

Ella enseñó á sus hijos á orar con oraciones que no eran rutinarias, que no eran palabras pronunciadas inconscientemente: sabía elevar su alma á Dios en alas de una plegaria. Quemaba incienso en medio del mundo, haciendo que solo exhalara sus perfumes hácia el Criador.

A pesar de haber nacido en el palacio de Saint Cloud, no penetró en ella la ligereza y frivolidad que se respira en las perfumadas atmósferas palaciegas. Estaba dotada de grandes condiciones para la meditación, y al hallarse rodeada de seres superficiales no participaba del bullicio y aturdimiento general; se sumergía en su recogimiento habitual, cumpliendo al mismo tiempo aparentemente, con gran exactitud, las fórmulas de la más rigurosa etiqueta.

A nadie quiso fiar la educación de sus hijos; se encerraba en su hogar y les daba lección muchas veces en presencia de los criados para enseñarles la modestia y humildad.

Hallábase su inteligencia bastante cultivada, pues en su juventud había tratado en los salones de su madre personas muy eminentes, contándose entre ellas, Duclouis, D'Alembert, Madame de Genlis, Voltaire, Rousseau, Buffon, Florian, Grimm, Morellet, Necker y Gibbon.

Las diferentes ideas religiosas de estos hombres no influyeron en ella: su piedad estaba tan arraigada en su



alma que podia sufrir como el roble la sacudida de los vientos sin desgajarse.

Cuando la adversidad destruyó la dicha de su hogar, ella supo transmitir á sus hijos el valor y la resignacion que le inspiraba su piedad. Al hallarse preso su marido en la época del terror, alquiló un granero para contemplar desde allí el tejado que cubria la prision del amado cautivo. Y como el telescopio del amor acerca todas las distancias, pronto ingeniosos telégrafos movidos por la electricidad del corazon hicieron transparentes aquellos impenetrables muros.

La madre de Lamartine poseia un alma serena y limpia, que nada pudo enturbiar un corazon muy tierno y un elevado criterio. Alimentó á su hijo en la idea del deber, de la justicia y de la verdad, y este amor al bien inculcado por su madre, le inspiró siempre en diferentes formas la apoteosis de la virtud.

¡Cuán discreta y tierna aparece esta admirable mujer diciendo á su adorado Alfonso: *No quieras ser grande, sino bueno.*

El autor de las *Confidencias* practica al escribirlas una antigua costumbre de la que le dió el sér. Madame de Lamartine escribió el diario de su vida sin pretension ninguna, pues no lo destinaba á la publicidad. Aquel diario era el espejo donde se contemplaba su alma para engalanarse cada día con nuevas virtudes: vivió siempre corrigiéndose, perfeccionándose.

Su diario es su fiel trasunto: se pinta con tal verdad

con tal sencillez, con tan admirable candor, que sus hijos la reconocen al hojear las primeras páginas de ese manuscrito íntimo, que más tarde publicó Lamartine, titulándolo *Manuscrito de mi Madre.*

En el mencionado diario da más importancia que á los asuntos de la época, á sus sentimientos maternales y á sus deberes domésticos. Son impresiones para la familia; mas expresadas tan galanamente y acompañadas de tan profundas observaciones y tan altos pensamientos, que cautivan la atencion general.

Todas aquellas hojas autógrafas están esmaltadas constantemente con los nombres de sus hijos.

Leamos algunos fragmentos de ellas:

11 Junio de 1801.

«Perdí un hijo, pero Dios me conserva actualmente  
« cinco: cuatro niñas y un varon llamado Alfonso, cuyo  
« nombre me suena tan bien porque lo lleva él. Se halla  
« lejos de mí, para hacer su educacion clásica en Lyon.  
« Yo le he dado esmeradamente la educacion moral, y  
« con la ayuda de Dios, espero que no se pervertirá.  
« ¡Cuánto rezo por él! Es un muchacho bueno y simpático.  
« Dios lo conserve piadoso, cristiano, honrado;  
« este es mi mayor deseo. La mayor de mis hijas, Cecilia,  
« cuenta siete años y medio: es muy inteligente y  
« muy buena. Eugenia, su hermana, es una niña de cinco  
« años y medio, dotada de un corazon excelente y una



« exquisita sensibilidad. Cesarina solo tiene dos años,  
 » Susana nueve meses, todavía se alimenta en mi seno.  
 « La educacion de cuatro niñas es tarea difícil, pero  
 « cuento con que Dios me asistirá. Tambien tengo á mi  
 « cargo una parienta enferma, débil de cuerpo y de es-  
 « píritu, á la cual debo tratar con solicitud maternal.  
 « Tiene derecho á ello porque es desgraciada. Mi mari-  
 « do, mis hijos y seis criados que debo dirigir son mi  
 « más importante ocupacion. ¡Dios me ilumine para ha-  
 « cerlos felices!»

18 Setiembre de 1801.

« He venido á Macon para esperar á mi Alfonso. El  
 « corazon me late apresuradamente al pensar que dentro  
 « de algunas horas voy á estrechar entre mis brazos á mi  
 « querido hijo. Por fin ya llegó. Ha llegado bien, tarde  
 « para mi deseo. He ido á orar al oratorio de las seño-  
 « ras Focard, religiosas exclaustadas que han convertido  
 « su casa en convento: necesitaba un rato de recogimien-  
 « to al pié de los altares para calmar mi agitacion. Al-  
 « fonso disfruta perfecta salud: lo encuentro alto, grueso,  
 « esbelto, hermoso. Me parece que no se ha enfriado su  
 « fé religiosa. ¡Oh! esto es lo que verdaderamente me  
 « preocupa.»

11 Octubre de 1801.

« Hago leer á Alfonso todas las mañanas un hermoso  
 « libro escrito por un sacerdote aleman, para inspirarle

« bien el sentimiento religioso emanado de la natura-  
 « leza . . . . .  
 « . . . . .

2 Octubre 1802.

« Esta mañana he recibido una grata impresion; he  
 « visto que Alfonso leia con interes las *Confesiones* de San  
 « Agustin, que es mi libro predilecto.»

17 Diciembre 1802.

« Cada dia leo con más entusiasmo las *Confesiones* de  
 « San Agustin. Quisiera imitar á Santa Mónica. ¡Qué  
 « gran madre!»

25 Setiembre 1806.

« Alfonso ha llegado de su colegio: fuí á recibirlo á  
 « Macon. Lo he encontrado mejor de lo que creia; aun-  
 « que está pálido y delgado, es fuerte. Los jesuitas sus  
 « maestros celebran sus facultades intelectuales: vuelve  
 « del colegio cargado de premios y de coronas. Me pa-  
 « rece que es modesto; sigue piadoso. ¡Que Dios le con-  
 « serve estos dones, los únicos capaces de darle la feli-  
 « cidad. Despues de abrazarlo he corrido presurosa á  
 « orar. Dios me concede más dichas de las que merez-  
 « co. Lo he presentado á la familia con orgullo de ma-  
 « dre. He querido reprenderle ciertos defectillos; pero



« he sido blanda. Temo alejarle de mí con reproches, y  
« temo extraviarlo mimándole demasiado.»

«¡Dios mio, cuán difícil es formar un hombre! . . .

« . . . . .

Setiembre 1807.

« Estoy gozando en la soledad. Me hallo en Milly con  
« mis hijos y mis libros: mi sociedad la forma madame  
« de Sevigné. He dado un largo paseo esta tarde por la  
« montaña de Croz que se halla sobre nuestras viñas.  
« Estaba completamente sola: me gusta aislarme á la  
« hora del crepúsculo. Amo los paseos solitarios en el  
« otoño sin más conversacion que mis impresiones: ellas  
« son tan grandes como el horizonte y están llenas de  
« Dios. La naturaleza me sugiere mil reflexiones que  
« emanan de mi corazon y me producen una embriaga-  
« dora melancolía. No sé cómo expresar este sentimien-  
« to: tal vez es una directa relacion de nuestra alma con  
« el infinito de las obras de Dios. Al dirigir la vista há-  
« cia mi hogar, veo brillar una luz en las habitaciones  
« de mis hijos. ¡Bendigo á la Providencia que me ha dado  
« este nido oculto y tranquilo para albergarles!»

Como podemos observar, la gratitud de la madre de Lamartine hácia el Criador, es más que gratitud, es un éxtasis. Cada latido de su corazon, cada pensamiento de su cerebro, cada palabra de su boca es una bendicion á Dios.

Esta admirable madre fué amada por su hijo como merecia serlo. ¡Cuántas veces se desprendió de una joya para satisfacer un capricho de Alfonso! Cuando se hallaba moribunda, le comunicaron que éste acababa de ser nombrado académico en Paris y ministro en Grecia: la fuerte y grata emocion que le produjo tal noticia, tuvo el poder de prolongar su existencia algunos dias. Así lo afirma uno de sus médicos.

#### IV

Lamartine es el poeta del sentimiento, el poeta de las mujeres. Diferentes escuelas literarias y caprichos de la moda, podrán relegarle temporalmente al olvido, desdeñándole sistemáticamente; pero como el buen gusto es siempre uno, pasado el vértigo de sus detractores, Lamartine prevalecerá. Mientras haya almas tiernas; mientras palpiten los corazones inflamados en el amor al bien, tendrá partidarios el poeta de las nobles pasiones y de los castos amores.

Los enemigos de la gloria lamartiniiana acusan al poeta de las *Meditaciones* y las *Armonías*, de tener alma femenina, mas con tal acusacion demuestran tácitamente que solo las mujeres saben sentir.

Estudad la *Historia de los girondinos*, y os sentireis fascinados por la magia de un talento vigorosísimo. El tierno poeta que ha recorrido cual nadie todos los tonos



del sentimiento, sabe escalar las cumbres de la razon: seguid si podeis su potente vuelo y le vereis remontarse á las esferas del filósofo, del estadista, del analítico y del sabio.

Lamartine posee todos los talentos: para que nada falte á su glorioso nombre, tambien se halla circundado con la gloria del orador. El 25 de Febrero de 1848, lanzóse en medio de una multitud amenazadora que queria enarbolar la bandera roja, y con persuasivas razones logró restablecer la calma en los ánimos más exacerbados. A su elocuente palabra se debió tambien la abolicion de la pena de muerte por delitos políticos.

El estilo de Lamartine es noble, delicado y púdico: su generosa inspiracion encuentra consuelos para todos nuestros dolores, su exuberante fantasía nos oculta las groseras realidades de la vida, cubriéndolas con alfombra de odoríferas flores.

La moderna escuela literaria podrá reprobar el romanticismo de Lamartine; pero las almas ardientes y sentimentales, las almas exaltadas por el amor, se entusiasmarán con las doctrinas poéticas de Lamartine; porque en toda alma apasionada y entusiasta, se oculta siempre un gran fondo de romanticismo.

La belleza es eterna: todos los séres dotados de sentimiento estético, experimentarán dulcísimas impresiones recorriendo las hermosas páginas de Lamartine.

En los altares de la gloria lamartiniana no se apagará nunca el sacro fuego del entusiasmo, porque en cada

mujer tendrá Lamartine una vestal encargada de guardarlo.

## V

La madre de Lamartine es como el genio de su hijo, una brisa embriagadora.

La madre de Lord Byron es como la musa de éste, aquilon devastador.

La madre del poeta sajón es rayo, catarata, relámpago, torrente, alud y noche tenebrosa.

La madre del cantor de las alegrías del hogar, es un ánfora de prodigioso bálsamo que se esparce y se derrama sobre las almas enfermas.

La madre de los descendientes de los normandos, es un vaso de veneno que se vierte por sí mismo sobre los corazones sanos para corromperlos. Es un áspid que no puede morder sin causar la muerte.

Esas dos madres son el ángel de la luz, y el espíritu de las tinieblas; el gusano y la flor; la paloma y la hiena; la mariposa y el buho; el reptil y el ruiseñor; la negra tempestad y el brillante arco-íris.

Olvido eterno á la madre del poeta de la duda y la desesperacion, por haber emponzoñado su alma, olvido eterno á la madre del poeta de los grandes hastíos y los grandes escepticismos, que deja por doquier un reguero de acíbar!

¡Mil bendiciones á la madre del poeta que convier-



te los recuerdos en una religion; á la madre del cantor de la esperanza, de las ilusiones y de la inocencia; á la madre del poeta que nos enseña á creer y amar, que deja en nuestro corazon una luminosa estela de suprema felicidad!

CORNELIA

MADRE DE LOS GRACOS.

—

AGRIPINA

MADRE DE NERON.